

SOBRE EL CACIQUE HUIRIO LIENAN, ANTIGUO DUEÑO DE LAS TIERRAS DE TEMUCO

por el prof. HUGO GUNCKEL

Director del Instituto de Botánica de la Universidad de Chile

En 1880 pocas eran las poblaciones netamente chilenas fundadas en el territorio de la Araucanía, en la región comprendida entre el río Toltén y la línea defensiva que, partiendo de Lumaco, pasaba por Traiguén y terminaba en la plaza fortificada de Collipulli. En esta zona intermedia sólo vivían los mapuches que obedecían las órdenes de numerosos caciques, considerados como únicos dueños de aquellas tierras, según antigua tradición araucana.

Más al norte, especialmente cerca de las plazas y pueblos levantados por los chilenos, se efectuaron numerosas parcelaciones de los terrenos que fueron comprados a los indígenas o simplemente quitados a ellos, y entregados por hijuelas a colonos chilenos y aún extranjeros. De esta manera, numerosas familias de *huincas* se establecieron en aquella virgen y fértil región que muy luego iba a ser durante varios decenios el gran granero triguero de Chile.

En cambio, en la región comprendida entre la línea de fortificaciones indicada más arriba y el río Toltén, importante vía estratégica que era un límite natural y que separaba a los mapuches de los huilliches —dos entidades raciales con caracteres culturales y sociales muy diferentes y marcados—, vivían libremente los araucanos.

Por eso, cuando los chilenos, encabezados por el Ministro de lo Interior, don Manuel Recabarren, atravesaron aquellas tierras a principios del año 1881, encontraron en todas partes reducciones de cierta importancia, a cuyos dueños ni solicitaban el permiso necesario para seguir por ellas, en la ruta que fue previamente estudiada y trazada por el ingeniero don Teodoro Schmidt Wessel, a petición del jefe de la expedición.

Así, por ejemplo, en la región donde Recabarren levantó el 24 de febrero de 1881 el Fuerte de Temuco, halló las viviendas de Wirio o Huirio Lienán, que tenía su principal ruca en el preciso lugar donde hoy se levanta el moderno y elegante Hotel de la Frontera en aquella ciudad. Cerca de aquel lugar corría un estero que desembocaba en el Cautín, por el lado oriente del fuerte y que así formaba una de sus defensas naturales (2).

Cuenta la tradición que los antepasados de Lienán vivían, a principios del siglo XIX en Cudulefú, al sur-este de Lautaro, por el lado de Muco. El personaje más antiguo de este clan que se conoce se llamaba Nahuelhuén.



Familia araucana, con vestimentas tradicionales

Este trasladó a Renaco, cerca de Cholchol, y, más tarde a Temuco, un paraje entre el río Cautín y el cerro Nielol, frente a los sagrados cerros de Conunhuenu y la reducción de Maquehue. Aquí encontró Nahuelhuén tierras desocupadas con lomas descampadas, algunos esteros y bastante bosque, condiciones necesarias para instalarse, ya que contaba con los elementos necesarios para su diario vivir.

Allí realizó '*rucutuñ*', es decir, levantó su ruca con la ayuda generosa de otros indígenas que lo acompañaban. Sólo necesitó solicitar un permiso al cacique de la región, dándole, en pago, algunas especies. Luego juntó sus animales e inició con ellos una crianza que,



Otro grupo familiar de la raza fundadora de Chile

al correr de pocos años, se transformó en un regular rebaño, especialmente de ovejas y caballares.

Nahuelhuén era soltero cuando emigró a la región de Temuco, pero con el aumento de sus riquezas, de acuerdo con las costumbres mapuches, se casó con una hija del cacique Huichacura, de Collahué, al sur de Temuco. Con este matrimonio aumentó también su poder político, ya que su suegro tenía a sus órdenes numerosos mocetones, es decir, hombres armados con lanzas especialmente preparados para realizar malones y guerras. Al morir su primera mujer, Nahuelhuén se casó con una hermana de aquélla, también, según es costumbre, todavía entre los araucanos, y de este matrimonio nacieron tres hijos: Ramón Lienán, Huirío Nahuelhuén y Clorinda Lienán. Todo esto ocurrió a principios del siglo pasado y después de un malón que hiciera a las tribus del norte, de donde se trajo a una cautiva chilena, oriunda de Chillán, llamada Lorenza. Nahuelhuén pertenecía políticamente a los *arribanos* y varias veces peleó con ellos contra los *abajinos* (3) y aún contra los patriotas chilenos, durante la primera época de la república independiente chilena.

Obedecía las órdenes que le daba el conocido cacique Maguín y aceptaba pelear al lado suyo, porque siempre decía que era "buena esta cosa, porque la sabe Maguín, y si lo hace Mangín es cosa buena".

Con el correr de los años, Nahuelhuén que llegó como simple indígena a Temuco, se transformó en un cacique rico y respetado; era un guerrero de los más terribles, de cuerpo macizo y grande, como lo eran y aún lo son todos los de la familia Lienán. Dominaba desde

Temuco hasta cerca de la actual estación ferroviaria de Pillanlelú, por la orilla derecha del río Cautín, incluyendo las tierras donde ahora se encuentra Cajón. Luego sus tierras se poblaron con numerosos mocetones que le obedecían ciegamente y sus ganados pastaban por todas partes en sus dominios.

Pero Nahuelhuén era antes de todo guerrero, tenía siempre preparados a numerosos mocetones para hacer malones que estaban bajo las órdenes de tres capitanejos que les ayudaban a preparar los jinetes y lanceros. Estos subjeses se llamaban Nahuelpán, Cariqueo y Paillequeo. Era una antigua costumbre que cada cacique tuviera a sus órdenes a capitanejos o ayudantes militares, cuyo único oficio y preocupación era preparar a los mocetones y tomar parte activa al lado de su cacique en los malones y guerras. Estos capitanejos enseñaban a combatir a los jóvenes, la manera de usar la lanza, a pie y a caballo; a lacear los *huincas* con boleadoras y la manera de usar las demás armas mapuches: les enseñaban a saltar con caballos, correr en pelo, tomarse de la cola para arrancar o para pasar un río, y a esconderse para un lado del caballo, cuando los *huincas* les disparaban con sus carabinas (4).

Estos capitanejos se llamaban entre los mapuches *conas* y llevaban un *trilonco* o pañuelo de color vistoso amarrado alrededor de la cabeza, andaban desnudos de la cintura para arriba y con un *chamal* corto.

Los mapuches tenían a las armas de fuego, porque pensaban que éstas tenían pacto con *Pillán*, un ser mitológico aliado que producía los truenos, relámpagos, las erupciones de volcanes y demás demostraciones igneas que les causaba su espanto; en cambio, no tenían a los soldados de caballería ya que continuamente los desafiaban a pelear cuerpo a cuerpo y en campo libre. En el momento de atacar los araucanos a sus enemigos, sus jefes gritaban: ¡*Wenuntumún ta chamall! wenuntumún ta chamall!* ¡*Ya, Ya. Lamun. Lamun!* ¡*Arriba el chamalcello. Arriba el chamalcello!* *Ya, Ya. ¡Mueren, Mueren!*

Si la pelea les salía mal, todos huían por los caminos o senderos que sólo ellos conocían y se escondían en las montañas; pero si ganaban, entonces seguían detrás del enemigo, lanceándole, tomándole caballos, armas, mujeres y ropa.

Los *conas* sabían esconder muy bien a sus mocetones para sorprender a los enemigos y rodearlos por todos los lados. Además sabían interpretar muy bien las buenas y malas señas que la naturaleza les daba para saber de antemano el resultado de sus campañas.

Nahuelhuén no tenía hijos para la guerra, pero contaba, en cambio, con buenos mocetones muy bien preparados por sus capitanejos.

Cuando los patriotas chilenos ganaron a los realistas en la guerra de la Independencia, muchos indígenas huyeron a las pampas argentinas, ya que eran partidarios



Entrenamiento de mocetones, para la lucha araucana con lanzas

del rey de España y enemigos de los patriotas chilenos, como fieles arribanos.

Numerosos fueron también los caciques chilenos que se trasladaron al otro lado de la cordillera nevada, con el único objeto de efectuar malones a los indígenas de aquellas regiones: así lo hizo Nahuelhuén, quien juntó a sus mocetones y les dijo: "Daremos malones al otro lado, pues aquí está malo ahora".

Y así, un buen día, Inal, cacique de la región de Cholchol y otros parientes de Nahuelhuén se juntaron, y todos juntos emprendieron aquel famoso malón para el cual se reunieron más de 400 mocetones, un verdadero ejército para aquella época, dispuestos a atravesar la cordillera andina.

Pasaron los cerros nevados por el paso de Llaima y llegaron a las tierras del poderoso cacique Juan Callfucura, dueño absoluto de Salinas Grandes. A este jefe dieron regalos para así solicitar el permiso necesario para atravesar tranquilamente sus tierras; Callfucura les concedió el paso.

Pero la partida de Nahuelhuén y de los suyos fue observada por sus enemigos, especialmente por el cacique Colipí, quien envió emisarios a Callfucura que le comunicaron al llegar a sus reducciones de Salinas Grandes: "Mi cacique Colipí dice: amigo Callfucura, somos aliados tuyos; pero éso que van más adelante son ene-

migos nuestros; son hombres malos y son hombres ladrones ¡Te van a comprometer, amigo Callfucura, con el SEÑOR GOBIERNO; por eso hay que matarlos a todos!". Y Callfucura acordó con los emisarios de Colipí asaltar las huertes de Nahuelhuén durante la próxima luna llena.

En efecto, cuando Nahuelhuén venía de regreso de la Pampa, con un valioso botín, los mocetones de Colipí se escondieron cerca de un río; entonces salió a recibirlos cariñosamente el cacique Callfucura; les dio bastante aguardiente, mandó a carnear varias yeguas y los embriagó... Mientras tanto, el mismo Callfucura les cambió a muchos mocetones de Nahuelhuén sus lanzas por animales, para así dejarlos desarmados (5).

Y cuentan las viejas tradiciones que de repente salieron los mocetones de Colipí por un lado, y los de Callfucura por el otro, y simultáneamente atacaron a la gente de Nahuelhuén.

La mortandad fue general y corrió mucha sangre por ambos bandos, porque todos pelearon con valentía, haciendo honor a la bravura mapuche. De los de Nahuelhuén sólo muy pocos pudieron huir sobre sus caballos y así se supo en Temuco el triste fin de este malón (6). Nahuelhuén, Inal, Nahuelhual y varios otros jefes del grupo de los arribanos, murieron durante este cobarde asalto; por eso estuvieron sus compañeros de raza de su

Cementerio araucano de la región de Cautín



región muy enojados y Mangín preparó un nuevo malón en contra de Callfucura, ya que éste era el culpable y el autor de la traición, tomando parte en esta nueva campaña Huirío, el hijo de Nahuelhuén para vengar la muerte de su padre.

En la otra banda, Huirío que era el jefe de este malón, se alió con varios caciques mapuches, entre los cuales se recuerda a uno que se llamaba Pinsen; desgraciadamente para ellos, cerca de Bahía Blanca fueron tomados todos prisioneros por militares argentinos y llevados a la isla de Martín García. Cuando la Argentina se encontraba en guerra con Paraguay, el Gobierno les concedió la libertad, pero bajo la condición que debían pelear contra los paraguayos en un cuerpo de caballería.

Más tarde, al firmarse la paz entre aquellas dos naciones, el Gobierno argentino les dio terrenos, donde Huirío vivió con sus familiares y mocetones y dicen que alcanzó a más de cien años de edad.

En su tierra natal había quedado su hermana Clorinda Lienán que se casó con Antonio Painemal, cacique también de la región de Cholchol. La mujer chilena de Nahuelhuén, llamada Lorenza como indicamos más arriba, se casó con Callfú, valiente mocetón y abuelo de Llanquihúen, que vivía todavía en la región de Temuco, cuando en febrero de 1881, los *huincas* fundaron el fuerte del mismo nombre, base de la actual capital de la Frontera.

En la misma región de Temuco quedó como dueño y cacique principal Ramón Lienán que siguió siendo enemigo de los chilenos y aliados de los *arribanos* que se oponían a toda penetración militar en sus tierras.

Ramón Lienán, al igual que sus antepasados, no se dedicaba a la siembras y crianzas, sino que a la guerra; a preparar hombres que sabían usar las armas y a jugar a la chueca.

Cuentan que tenía muy buenos *chuequeros* de oficio y que con ellos ganaba mucho dinero, desafiando a tribus de toda la región.

Dio también numerosos malones y el más desastroso fue el que dieron a Venancio Coñuepán, hijo del cacique Callfupán, de la región de Cholchol, y a Antonio Painemal que era su cuñado.

Durante el malón a Coñuepán murió la hija de este cacique y uno de sus más estimados mocetones; pero una *machi* a quien consultaron, les dijo que la culpable de estas dos muertes era una hija de Teuque, un mocetón de Ramón Lienán. El viejo Coñuepán reunió en seguida sus mocetones y amigos con lanzas; envió un mensajero para 'pedir camino' y se unió con Antonio Painemal con el objeto de matar a la hija de Teuque, que era considerada una *machi* peligrosa y de mucho poder.

Se juntaron además con Reñaco, Trapico, Malalche, Curirriñe y otros, formando un ejército de más de

quinientas lanzas, todos armados y la mayoría a caballo; y mandaron a dos mocetones a explorar las tierras de Lienán en caballos incansables.

Mientras avanzaba Venancio Coñuepán con sus aliados, y al ser avisado de ello Ramón Lienán, éste alcanzó a reunir sólo a trescientos de sus guerreros, que se atrincheraron detrás del cerro Nielol, en el lugar que hoy se llama Monte Verde; según costumbre, ambos bandos formaban fila en el cerro Cuéll y cada jefe animaba a sus hombres. Cuando Painemal se encontró frente a Ramón Lienán, su cuñado, le dijo: "No peles; entrega tus animales"; a lo que Lienán le contestó: "No llevan ninguno; mejor morir peleando". A una señal convenida, los mocetones de Venancio Coñuepán atacaron a los de Lienán que fueron acorralados; dieron muerte a Teuque, quedando además en el campo de batalla numerosos heridos y varios muertos. Los de Coñuepán se llevaron muchos adornos de plata de Lienán, además más de doscientos animales sobre todo los de Huete-Rucán, un cona de Lienán.

Ramón Lienán, que había huido a los bosques del cercano Nielol, mandó mensajeros al cacique Quilapán, de Collico; "Que me dé mocetones para darle vuelta a Coñuepán"; a lo que Quilapán le mandó decir muy contento: "Yo quisiera mucho matar a Coñuepán; por eso iré muy luego a ayudar a mi primo Lienán".

En Temuco se juntaron los confabulados, todos bien armados; además enviaron mocetones los caciques Esteban Romero y Curamil.

Una noche de luna llena, todo en silencio, se fueron a asaltar las tierras de Venancio Coñuepán que alcanzó a huir a Repocura con sus mujeres y mocetones, ya que no estaban preparados para presentarles batalla. Los de Temuco ganaron el malón, llevándose muchos animales y algunas mujeres cautivas que más tarde vendieron a otros caciques por vacas y ovejas (7).

Años más tarde, cuando falleció Ramón Lienán, le sucedió Huirío Lienán, casado con Isabel Curamil, hija de Pancho Curamil, que era a su vez, hijo de Huichicura, el belicoso cacique de Collahue y suegro de Nahuelhuén.

Como sus antepasados, Huirío Lienán era siempre un grande y reconocido enemigo de los *huincas* chilenos, que en todos los levantamientos contra las líneas defensivas de los fuertes de Malleco, Traiguén y Cautín, estuvo a favor de los *arribanos*, aunque más tarde se hizo aliado de Venancio Coñuepán.

Fue, en cambio, un sincero amigo y aliado de Quilapán, el enemigo jurado de los militares chilenos y defensor del proyecto de Orelie, Antoine I, cuando este agente del Gobierno francés pretendía establecer, con la ayuda militar de su país, una monarquía en el corazón de Arauco.

Cuando el Ministro Recabarren fundó el Fuerte de avanzada de Temuco, eligió para este objeto, por su situación estratégica, las tierras que eran de propiedad de Huirío Lienán; al saberlo, los principales caciques de la región vinieron con numerosos mocetones que continuamente hostilizaron durante varios meses a los chilenos, como lo recuerdan la historia y especialmente documentos que se conservan de aquella época (8). Más tarde, al verse definitivamente perdido Lienán, fijó su nueva residencia al poniente de Temuco, donde aún viven varios de sus descendientes a quienes tuvimos el agrado de conocer hace varios años, y conversar varias veces largamente sobre estos hechos que narramos en estas páginas. El primitivo propietario de los terrenos de Temuco falleció en 1904, y se hizo un entierro muy solemne, de acuerdo con las costumbres de sus antepasados, asistiendo a él, todos sus parientes y muchos amigos de su raza.

Santiago, septiembre de 1963

(1) Para redactar el presente trabajo hemos tenido la suerte de conversar, hace años, con varios descendientes directos de los antiguos mapuches que vivían en la región de la actual ciudad de Temuco y que han tenido intervención en los hechos sobre los cuales informamos, mientras desempeñábamos el cargo de Director del Museo Araucano de Temuco; además, han sido de utilidad varias publicaciones de un gran araucanista que también vivió algunos años en la Araucanía: me refiero a don

Tomás Guevara Silva. De este ilustre autor consultamos, entre otras obras, las siguientes:

Historia de la Justicia Araucana en AUCH 147 (1920): 487-658; *Las últimas familias y costumbres araucanas* en AUCH 130 (1912): 215-324, 411-464, 877-940 y 131 (1912): 129-176, 515-528 y "Anejos" entre las páginas 699-700. Además ha sido de utilidad del mismo autor *Historia de la Civilización de Araucanía*. De todos estos trabajos existen separatas con compaginación propia.

(2) "Este sitio fue elegido para fundar un puesto militar superior, ya que ofrecía muy buenas condiciones estratégicas, pues dominaba por el sur los pasos del Cautín por donde traficaban las numerosas reducciones de Aillipén, Boroa, Quepe, Mentreco, etc., y por el norte se extendía un hermoso llano y se alzaba el legendario cerro Niclol, cubierto de bosques; al este corría magistuosamente el Cautín y al suroeste el Pichi-Cautín (Hugo Gunckel L. *Así surgió la Frontera*, en el DIARIO AUSTRAL, año xxxiii; número 11.844; Temuco, 25/XII/1948.

(3) *Arribanos* eran los indígenas que habitaban "las tierras altas que se extienden desde Temuco hasta Renico" y por donde ahora corre la línea férrea; era la más poderosa y extensa confederación de familias emparentadas en la Araucanía durante el siglo XIX. En cambio, *abajinos* o *Banitas* se llamaron las tribus que habitaban las faldas orientales de la Cordillera de Nahuelbuta hasta el Valle Central y desde el río Malleco hasta Traiguén.

(4) Guevara, AUCH 147 (1920): 628 y 653-655.

(5) Guevara, *Las últimas familias y costumbres araucanas*: 75-83 (de la separata), 1912.

(6) Guevara, AUCH 147 (1920): 627-629.

(7) Guevara, AUCH 147 (1920): 595.

(8) Véase nuestro documentado estudio *Así surgió la Frontera*, publicado en el DIARIO AUSTRAL, año xxxiii, números 11.842 al 11.858, Temuco, 23-XII-1948 al 8-I-1949, inclusive, donde damos a conocer numerosos antecedentes relacionados con la fundación y con los primeros meses de existencia del Fuerte de Temuco, fundado por M. Recabarren.

ENVÍOS DE EDITORIALES

EDICIONES ZIG-ZAG

El libro de cuentos, que con el título de "El delincuente" dio en 1929 al entonces joven escritor Manuel Rojas, el Premio Atenca, viene de ser editado por este sello editorial, en una 2ª edición que, es seguro, satisfará a miles de lectores de Rojas, a quienes faltaba este título en su colección, puesto que su edición anterior se había agotado hace muchos años.

En los nueve cuentos que componen "El delincuente" —título del primero del libro— se advierten ya los elementos compositivos de la literatura de madurez del escritor, el espíritu aventurero de sus héroes, que años más tarde originarían una novela de tanta significación en nuestra literatura como "Hijo de ladrón".

También en 2ª edición, Zig-Zag republica "Memorias de un tolstoyano", de Fernando Santiván. Aunque el libro fue escrito hace más de treinta años, y relata las experiencias del autor y del reducido grupo de escri-

tores que, a comienzos de siglo, fundaron la colonia tolstoyana de San Bernardo, se lee aún con atención simpática. Se trata de historias sencillas, en las que no ocurre nada esencial; sin embargo, los relatos que evocan aquel arranque romántico del grupo tolstoyano inspirado por el maravilloso asceta de Yasnaya Poliana, muestran hasta qué punto la idea de la comunión del hombre con la tierra y la virtual "resistencia pasiva", en lo social, que la conducta de Tolstoy y sus seguidores implicaba, hizo impacto en la juventud intelectual de la época en todo el mundo. Por lo demás, tanto los relatos de la colonia tolstoyana, en Chile, como aquellos que conforman la primera parte de este libro, dan a Santiván oportunidad para adentrar al lector en aspectos múltiples de la vida social chilena de comienzos de siglo.

Con el título de "Los defraudados", Zig-Zag publica dos colecciones de cuentos de Salvador Reyes. La primera parte la constituye aquella que da título al libro, la segunda, "Lo que el tiempo deja". Revela este libro la versatilidad de Reyes en la creación de personajes y

(Sigue en la página 63)